



Programa de Educación Permanente Cursos 2019

Curso: “Teorías del Desarrollo. Evolución de los paradigmas del desarrollo con énfasis en los procesos agrarios”

- Docente responsable invitado: Dr. Ernel Gonzalez Mastrapa. Decano de la Facultad de Filosofía, Historia y Sociología de la Universidad de la Habana – Cuba
- Coordinadores: Humberto Tommasino y José Passarini – Facultad de Veterinaria
- Servicio responsable: Facultad de Veterinaria – Depto. de Educación Veterinaria
- Servicio del interior oferente: Sede Tacuarembó - CENUR Noreste -UDELAR

INTRODUCCIÓN. EL CONCEPTO DE DESARROLLO.

1. Progreso, desarrollo, evolución, ¿revolución?: raíces histórico-conceptuales de la idea hegemónica de desarrollo.

La idea de progreso es una de las más complejas cuestiones no resueltas del **pensamiento social occidental** moderno y contemporáneo.

Esta idea remite a la dimensión temporal y refleja una **concepción del presente como superior al pasado y la creencia de que el futuro será aún mejor**. Mientras en un extremo nos encontramos con los más fervorosos partidarios de esta idea, en el otro se ubican quienes -los menos- la consideran una perniciosa superstición.

El nacimiento de las ciencias sociales estuvo ligado a **la noción moderna de progreso** y fueron -y son-, a la vez, consecuencia y causa de la idea de progreso.

Idea que, por otra parte, no es más que la versión laica y moderna de la idea cristiana y medieval de Providencia, y que, con ella, se distingue de la concepción cíclica de la historia de la antigüedad greco-romana y se opone a las ideas de decadencia y de regresión.

La idea moderna de progreso se alimenta de la tesis racionalista de la **perfectibilidad del hombre**, que, a partir del siglo XVII, hace creer en un perfeccionamiento inevitable de la especie humana. Se trata de esa razón de raigambre burguesa revolucionaria que se opone a toda imposición fideísta de la teología y a toda afirmación no confirmada por los hechos de la metafísica.

Pero esta fe en la razón, trascendente y crítica en sus orígenes, se ve menguada en el siglo XIX por una razón “científica” y “positiva” que se atiene a los “hechos” con pretensiones de neutralidad valorativa y con la consiguiente adaptación apologética a una realidad en la que la burguesía opera hegemónicamente. En este proceso, la complicidad de las ciencias sociales dominantes -especialmente de la economía y de la sociología- está fuera de toda duda [CAMBRA (1982)].

La fe en dios, sustituida primero por la fe en la razón, más tarde por la fe en la ciencia y, finalmente, por la fe en la técnica, reduce también única y peligrosamente las ideas de progreso y de desarrollo al mejoramiento de los aspectos materiales y consumistas de la existencia humana, amén de que su disfrute esté sólo al alcance de una exigua minoría de la especie. He aquí un aspecto esencial del subdesarrollo del concepto de desarrollo.

Los acontecimientos acaecidos durante la primera mitad del siglo XX provocaron la crisis de esta idea y de cualquier idealización respecto a la bondad del presente y del futuro

El siguiente punto de inflexión se produjo a partir de la crisis de la Unión Soviética y de sus países satélites. Aprovechando el derrumbe de un sistema que desde mucho antes había traicionado al modelo socialista que decía representar, se pretende liquidar todo rastro del modelo más avanzado de la modernidad.

Así se ha abierto paso la idea de que el sistema vencedor y su totalitario “pensamiento único” pueden llevar a la humanidad al progreso definitivo, que hoy se llama globalización y que no es más que la fase ulterior de la concentración de capitales en manos de los grandes trusts transnacionales y de su dominación a nivel planetario.

Esta dominación adquiere un carácter global-territorial e ideológicamente - que fomenta desde el poder una aceptación acrítica de la injusticia por parte de la inmensa mayoría de los escasísimos “beneficiarios” -y de quienes aspiran a serlo- del materialismo consumista.

Otra cuestión importante ligada a la idea de progreso es su pretensión de universalidad que la ha llevado a ser aplicada con un carácter tan falaz como uniformizante más allá de las diferencias culturales y sociales.

¿Es o debe ser el progreso igual para todos?

Ante el enigmático conjunto de diferencias culturales, ya en los inicios de la modernidad, se dio la solución más reduccionista y a la vez más interesada: la negación de las diferencias culturales y su falsa identificación con distintos grados de realización en un proceso universal de desarrollo.

Esta propuesta considerando a Europa (y por extensión a Estados Unidos) como el exponente máximo de ese proceso. **Se trata de una conceptualización etnocéntrica**, por supuesto nada ajena a la dominación económica, política y cultural que Occidente ha ejercido y ejerce sobre el resto del planeta. Otro aspecto del subdesarrollo del concepto de desarrollo.

El problema se agrava con el imperio de la razón instrumental -propia de un *homo faber* que es víctima enajenada de los instrumentos que él mismo ha producido [ARENDT (1974): 398-399]- que desplaza toda reflexión acerca de los criterios sobre lo que es el bien y lo mejor: **¿qué desarrollo, para qué y para quién?**

Es necesario denunciar que **el desarrollo, tal como se está realizando, comporta un posicionamiento ideológico que encubre la defensa de intereses particulares bajo la pretensión de responder tecnocientíficamente y neutralmente a intereses universales: poder, ciencia y tecnología están inextricablemente unidos.**

Es necesaria la determinación de unos objetivos de desarrollo alternativos. Todo lo cual pasa por la asunción y la denuncia de los vínculos existentes entre poder, perspectivas históricas, intereses y sistemas éticos. No puede hablarse de desarrollo si éste no implica la libertad de todos y cada uno de los seres humanos para elegir conscientemente su destino individual y colectivo.

La eliminación del juicio ético defenestra la crítica y sólo favorece la reproducción de las relaciones de dominación establecidas: fin de la historia y fin del progreso. Más subdesarrollo del desarrollo.

La teoría económica hegemónica endiosa el papel del **mercado** -encubriendo la acentuación de las tendencias oligopolistas y monopolistas bajo el principio del *laissez-faire* y de la libertad de mercado-, enfatiza la **industrialización** -estudiando, en el mejor de los casos, cómo “internalizar las externalidades ambientales” pero sin preocuparse de erradicar sus causas-, hace del **crecimiento económico** una profesión de fe -rehuyendo la cuestión de la distribución equitativa de la riqueza o incluso justificando la desigualdad como algo natural, necesario y “positivamente funcional”- y **minimiza el papel del Estado** -aunque reclamando su intervención para socializar pérdidas mientras se privatizan ganancias, para reprimir la conflictividad social, para expandir la base social de la ideología dominante y, en definitiva, para todo aquello que permita la reproducción y ampliación del poder económico vigente-. Ideología y subdesarrollo del desarrollo.

El desarrollo es conceptuado reduccionistamente como crecimiento económico, en un proceso esencialmente técnico-económico que, por un lado, privilegia el crecimiento económico como condición y causa del desarrollo general y, específicamente, del desarrollo social; y, por otro lado, parte de una ingenua y acrítica -pero no por ello carente de contenido ideológico- concepción de la expansión tecnológica como motor de un crecimiento que permitirá una mayor acumulación de riqueza que, a su vez, nos llevará al reino de la libertad.

El modelo a seguir, necesaria y universalmente, es el de los denominados países desarrollados, bajo la guía de una ciencia económica presuntamente avalorista y desinteresada que promete que, si se sigue un proceso gradual y ordenado, algún día el pastel será suficientemente grande como para que haya para todos, anteponiendo la eficiencia y posponiendo la equidad. Ideología y subdesarrollo del desarrollo. Mientras tanto, se incrementan las desigualdades Norte/Sur y las bolsas de pobreza en el Norte, se degrada la diversidad cultural y se perjudica irreversiblemente el medio ambiente... Éstas son las consecuencias del “desarrollismo” o modelo del “desarrollo sostenido” [MEDINA (1997): 103-105].

Una fe tan profunda en el crecimiento económico ya la encontramos en *La Riqueza de las Naciones* de Adam Smith, quien, por otra parte, no consideró el mecanismo de mercado como una forma de organización económica universal y sin fallos.